
1 La Eucaristía hace la Iglesia, la Iglesia hace la Eucaristía

*“Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan”
(1Cor 10,17)*

Objetivo

Profundizar en el vínculo íntimo que existe entre Jesucristo y su Cuerpo, vínculo significado sacramentalmente desde la Última Cena en la Eucaristía, que une a los cristianos con Cristo y entre ellos, para poder dar continuidad a lo que celebramos con lo que vivimos.

Introducción

“Te damos gracias, nuestro Padre, por la vida y la ciencia que nos enseñaste por Jesús, tu Hijo y Siervo: A Ti la gloria en los siglos. Como este pan fue repartido sobre los montes, y, recogido, se hizo uno, así sea recogida tu Iglesia desde los límites de la tierra en tu Reino porque tuya es la gloria y el poder, por Jesucristo, en los siglos”. Así rezaban los cristianos, al final del siglo I, en la celebración eucarística, en el momento de presentar el pan, en la *Didajé*.

Sin duda, ya podemos ver cómo la Iglesia ha recogido, desde muy pronto, el vínculo que ella misma

tiene con la Eucaristía; no es casual, sino que lleva a algo de gran importancia que san Pablo había expuesto así a los corintios: “Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan” (1Cor 10,17). No podemos concebir la Eucaristía sino desde la comunión de la Iglesia, pero tampoco a esta sin el alimento santo.

La celebración de la Iglesia, en la que se recibe el alimento eucarístico, es todo lo contrario de un momento intimista, que busque reafirmar la individualidad del que comulga, es ciertamente un tiempo en el que se fortalece el vínculo del creyente con Cristo... en la comunión de la Iglesia. Sin esta, la comunión es falsa, incomprensible, incoherente. No hoy, sino desde su principio: ese principio lo sitúa toda la tradición de la Iglesia en la Última Cena de Jesús con sus discípulos.

Aquella noche, la cena se convirtió en lugar de origen y de expresión de la compenetración de Cristo con la comunidad de sus discípulos y de todo el Cuerpo de Cristo. Aquella cena, situada en el umbral del “paso” de Cristo de este mundo al Padre, es sello del amor primero, lugar de encuentro y reconciliación, y entrada en la vida nueva, vida divina. Aquella cena, en definitiva, no sólo contiene la que llamamos “institución de la Eucaristía”, sino que también manifiesta sus intenciones con respecto a la Iglesia. S. Juan Pablo II lo explica así en *Ecclesia de Eucharistia*: “Hay un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia. Los evangelistas precisan que fueron los Doce, los Apóstoles, quienes se reunieron con Jesús en la Última Cena. Es un detalle de notable importancia, porque los Apóstoles «fueron la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la jerarquía sagrada». Al ofrecerles como alimento su

cuerpo y su sangre, Cristo los implicó misteriosamente en el sacrificio que habría de consumarse pocas horas después en el Calvario” (EdE 21). De ese alimento brota, entonces, la vida y el ser de la Iglesia (pues la Eucaristía es su fuente), pero, a la vez, hacia él conduce la acción de la Iglesia, acción catequética, sacramental y misionera (pues la Eucaristía es su culmen).

Jesús instituyó en la Última Cena la Eucaristía como cabeza del nuevo pueblo de Dios, que Él mismo funda con su sacrificio, y por eso son los dirigentes que Él eligió, con sus sucesores y sus colaboradores, los que repiten, para ella y con ella, el gesto de Cristo. De esta forma, la Pascua de Cristo no queda aislada, perdida en la noche de los tiempos, sino que se hace presente donde se celebra el memorial de aquella entrega, engendrándose así la comunidad de la nueva alianza.

Así se comprende aquella cena fundante: en la tradición judía, la celebración de un banquete crea un profundo vínculo de fraternidad, pues un banquete es comunión de vida. La fracción del pan, con la distribución de un trozo a cada uno, y la participación en el mismo cáliz, son signo de una profunda solidaridad y comunión de destino. Por eso, la celebración de Cristo con los suyos, en el ámbito de las fiestas pascuales, pasa a ser un memorial de la Iglesia: en ese memorial nace y se expresa el pueblo de Dios de la nueva alianza. Por eso, no se entiende la celebración de ese memorial sin la comunión entre los que en ella participan. De la Eucaristía nace una fraternidad universal, que alcanza a todos los lugares, pero también a todos los tiempos. Más aún: una comunión así, ya sea “donde dos o tres se reúnen en mi nombre” (Mt 18,20), o con multitudes incontables, no puede darse sin la comunión con

Cristo, comunión eucarística.

Para nosotros, miembros de la Iglesia, el misterio eucarístico y el misterio eclesial han de ser asumidos así, plenamente y en necesaria relación, para ser lo que Cristo quiso. Por eso, el ser de Cristo y el ser de la Iglesia brotan, para cada uno de nosotros, de la fuente sacramental, del “pan de vida eterna y del cáliz de salvación”. El ser de Cristo, por un lado, pues, “en cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía «pan de vida», «pan vivo». San Ambrosio lo recordaba a los neófitos, como una aplicación del acontecimiento de la resurrección a su vida: «Si hoy Cristo está en ti, Él resucita para ti cada día»” (EdE 14). Y, por otro lado, el ser de la Iglesia, porque, en palabras de san Juan Crisóstomo: “«¿Qué es, en efecto, el pan? Es el cuerpo de Cristo. ¿En qué se transforman los que lo reciben? En cuerpo de Cristo; pero no muchos cuerpos sino un sólo cuerpo. En efecto, como el pan es sólo uno, por más que esté compuesto de muchos granos de trigo y éstos se encuentren en él, aunque no se vean, de tal modo que su diversidad desaparece en virtud de su perfecta fusión; de la misma manera, también nosotros estamos unidos recíprocamente unos a otros y, todos juntos, con Cristo»” (EdE 23).

Así pues, la Iglesia es comunidad eucarística: se transforma en un solo pueblo gracias a una sola mesa, preparada por el Señor para nosotros, y que permanece unida a través de un único cuerpo, el que todos comulgamos y aceptamos con nuestro humilde “amén”.

Partiendo de la vida (ver)

1. Comentar algún hecho de vida en el que, en alguna celebración eucarística, haya podido experimentar el hecho de que hemos sido convocados, hemos sido reunidos por otro, estamos en esa liturgia gracias a alguien a quien no veo, pero reconozco. Podría ir desgranando las sensaciones y certezas que dejara en mí.

2. No siempre vamos a la Eucaristía en paz con los hermanos, a veces estamos enfadados o enfrentados con alguien, y entonces nos cuesta más decidir si debemos o no ir a comulgar. Presentar alguna ocasión en la que la fractura en la relación con alguien me haya animado a no acercarme al altar hasta resolverlo.

3. Contar alguna situación en la que, gracias a haber celebrado juntos, nos hemos abierto después a un diálogo más profundo. Explicar ese convencimiento con el que hablamos con alguien que comparte lo más profundo con nosotros y nos entiende y anima.

4. Podríamos compartir la experiencia de alguna vez en la que, en una celebración descuidada y sin preparar bien, nos hemos sentido a disgusto, sabiendo que, ni para Dios ni para los hermanos, la celebración está siendo signo de amor y de interés por nuestra parte. También, al contrario, ocasiones en las que una buena celebración ha mejorado nuestra relación, nos ha animado a cuidarnos y tratarnos con caridad.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- El maná que Dios da a Israel se convierte en alimento que une al pueblo en alabanza a Dios (Ex 16). Su recuerdo será también motivo de alabanza para el pueblo en medio de la prosperidad (Dt 8; Sal 78,24); el pueblo reconocerá el alimento que viene de Dios como un pan de ángeles (Sab 16,20).

- La multiplicación de los panes es un signo de comunión entre aquellos que, hambrientos, lo reciben (Jn 6,1-14). Servirá, además, para que Jesús anuncie por primera vez la Eucaristía (Jn 6,51-58). Sabiendo la importancia de lo que se acercaba, Jesús mandó a sus discípulos a preparar un buen sitio para celebrar la Última Cena (Mt 14,12-16; Lc 22,19-20). Más tarde repite el gesto y así es como lo reconocen los discípulos de Emaús (Lc 24,30-35). Jesús manda a sus discípulos que enseñen todo esto y que no olviden que Él se queda con nosotros (Mt 28,20).

- Las primeras comunidades se sienten comprometidas a hacer lo mismo (Hch 2,42.46-47). Integrado en su vida cotidiana (Hch 20,7. 27,35-36). La celebración del domingo estará ya marcada por la celebración de la Eucaristía (Ap 1,10).

- Pablo explica qué es la Eucaristía y cómo debemos repetir estos gestos, hasta la vuelta del Señor (1Cor 11,23-26). La comunidad parece no entender su importancia y Pablo les corrige y les insiste en el sentido de unidad (1Cor 10,14-22.11,17-18. 33).

B) Magisterio de la Iglesia

- La Eucaristía es don de Cristo que Él confía a la Iglesia (EdE 11) para que esta viva de la Eucaristía (LG 11; EdE 1; SCa 6.14.16); para que sea su centro (EdE 21-22) y construya su unidad (EdE 23-24; CEC 1369; SCa 15). La Eucaristía es el origen de toda forma de santidad (SC 9; LG 10; SCa 94-95).

- Participación activa y fructuosa en la celebración sacramental (SC 48), sabiendo lo que estamos haciendo y con un corazón limpio: (EdE 36-3; DC 7. 11). En referencia a la experiencia de la celebración de la Eucaristía (CEC 1345-1372). Vínculo fundamental en nuestra vida espiritual entre la Eucaristía y la celebración del domingo (DD 31-45).

- La adoración a Cristo en este sacramento de amor debe encontrar más formas (EdE 25), para alabar a Dios cada vez de forma más perfecta (PO 5), como expresión de su compromiso en favor de los más pobres (CEC 1397; SRS 42). Los laicos, “adoradores en todo lugar” para consagrar el mundo a Dios (LG 34).

- La Iglesia hace la Eucaristía por acción del sacerdote (PO 5), que debe esforzarse en ser signo que refiera a Cristo (SCa 23). La acción de la Iglesia conforma el sacramento (LG 11.28; OGMR 92-93). La caridad debe ser prueba de la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas (MND 28).

Compromiso apostólico (actuar)

A nivel personal, podría acercarme durante un tiempo al grupo de liturgia de la parroquia, interesarme sobre aquello que leen o que hacen, e incluso colaborar con ellos si así lo necesitan.

Como elemento formativo, profundizar en la celebración eucarística buscando en ella y meditando acerca de las constantes referencias a la unidad que contiene, sería un compromiso de gran interés.

A la manera de examen de conciencia, y ya que comulgamos habitualmente, quizás haya alguien con quien queramos reconciliarnos, perdonar... la caridad manifiesta el amor eucarístico, por eso, puede ser un buen momento para ver con quién no me comporto con amor, y sacar fuerzas de la Eucaristía para empezar a cambiar, ¡porque si la celebración es el tiempo de la siembra, la vida es el tiempo de los frutos!

Como grupo, podríamos proponernos algún tipo de formación ecuménica, aunque fuera solamente por medio de una catequesis, una charla, o una invitación a alguien a nuestro grupo, que nos pudiera ilustrar sobre la relación con las otras Iglesias y con la Eucaristía que en ellas se celebra. También podríamos asumir, en diálogo con el párroco, la responsabilidad de preparar alguna celebración eucarística de la parroquia, para que salga bien, que ayude a los otros grupos que participan en ella, o preparar con más interés la próxima misa que tengamos juntos los de la asociación.